

Jacques LAFAYE: *Quetzalcóatl et Guadalupe — La formation de la conscience nationale au Mexique — 1531-1813*, prefacio de Octavio Paz, París, Gallimard, 1974, xxviii + 481 pp.

El título y el subtítulo indican claramente el objetivo del libro, y también la conclusión general a que llega su autor: Quetzalcóatl, caudillo, dios y liberador, y Nuestra Señora de Guadalupe, con sus respectivas implicaciones y adherencias, constituyen las dos columnas maestras sobre las que fue elevándose la nacionalidad mexicana desde una fecha muy cercana a la conquista española hasta la consumación de la independencia. Este proceso —en sus grandes líneas— trata de explicarlo el autor en el primer libro de su obra (“La Nueva España desde la conquista hasta la independencia”, pp. 17-184). Los libros segundo y tercero ahondan más en los dos puntos básicos: “Quetzalcóatl o el ave fénix” (pp. 185-278) y “Guadalupe o la nueva epifanía” (pp. 279-415). A su vez, el primer libro está dividido en dos partes: a) “Clima espiritual” (una sociedad de segregación) que el autor ejemplariza en las relaciones de españoles y criollos —hermanos enemigos— y de indios, mestizos y mulatos —enemigos irreconciliables— junto con lo que él titula “creencias salvajes, bajo la inquisición”; b) “Momentos de la historia” (etapas en la toma de conciencia nacional) donde discute, en cuatro capítulos, sobre “el indio, problema espiritual” (1524-1648), la “utopía de la primavera indiana” (1604-1627), la “emancipación espiritual” (1728-1759) debida principalmente, según Lafaye, a la generación literaria de 1730, y por último sobre la “guerra santa” que, según el autor, habría sido provocada por la expulsión de los jesuitas, una de las causas fundamentales de la independencia (siempre según el autor).

Por lo que mira a Quetzalcóatl, Lafaye examina primero la versión que del mismo nos dan los primitivos franciscanos (Motolinía y Sahagún especialmente; parece que ignoró a Mendieta), busca después los orígenes del “mito criollo” de este rey-dios y explica por último su transformación en santo Tomás, apóstol prehispánico de la fe cristiana en América. Los cuatro capítulos del libro tercero llevan, respectivamente, por título, “Santa María y Tonatzin”, “Los orígenes (o las «infancias») de Guadalupe”, “La querehlla de las apariciones” y “Guadalupe, emblema nacional”. Sigue un breve epílogo —“Guadalupe hoy”— y unas interesantes “Perspecti-

vas". La obra se cierra con un sumario cronológico de la historia de México, la extensa lista de fuentes y bibliografía que manejó el autor, y los índices. Veintidós láminas fuera de texto, un croquis con la distribución de las distintas "naciones" prehispánicas en el México central y sudoriental de hoy, y un antiguo plano que nos muestra la basílica de Guadalupe y sus alrededores antes de 1694, hacen más atractiva la presentación de este hermoso volumen.

"La imaginación —escribe Octavio Paz en la primera frase del prólogo al libro de Lafaye— es la facultad que nos permite descubrir en las cosas sus relaciones ocultas." Quizá pudo añadir que, desafortunadamente, a veces no descubre tales relaciones sino que las inventa. Es lo primero que se me viene a los puntos de la pluma después de leer el libro de Lafaye y de releer el prólogo de Paz. Este prólogo es una pieza literaria brillantemente escrita, como era de esperarse; lo que sorprende gratamente a este lector es que, aparte de la imaginería poética, contenga tan luminosos atisbos en su interpretación de la historia de México: una interpretación libre de la mayoría de los prejuicios y complejos que suelen adulterar a muchas de las interpretaciones de uso corriente. Difiere incluso —en mi opinión, con ventaja— de algunos enfoques del autor de la obra, y de esta manera hace más comprensible lo que éste dijo o quiso decir. Es un magnífico prólogo.

La obra de Lafaye no es de fácil comprensión. Su plan es claro y la lectura de sus primeras páginas fascina al lector, pero éste —por lo menos así le sucedió a quien escribe— va sintiéndose poco a poco abrumado y algo confuso por la vasta cantidad de elementos que el autor maneja: hechos, interpretaciones, comentarios y reflexiones. Muchas de estas interpretaciones se me antojan arbitrarias o cuando menos discutibles. Abunda también en reflexiones elementales, de aplicación universal, que presenta como si lo fueran sólo al pasado español o mexicano. Presenta lo obvio como si fuera algo especial y típico. Los dos primeros libros son fundamentalmente interpretativos y por lo tanto lo que en ellos dice el autor está sujeto a las naturales reservas: los datos básicos en que se apoya me parecen un tanto faltos de crítica. El libro tercero contiene una exposición más objetiva de los hechos en sus tres primeros capítulos, aunque el autor no deja de insertar comentarios enteramente subjetivos y de sacar conclusiones exageradas. Esto empeora en el capítulo cuarto de dicho libro. Como ejemplos de especial exageración citaré los capítulos tercero y cuarto del libro

primero, especialmente esa supuesta "guerra santa" que, según el autor, se habría iniciado con la expulsión de los jesuitas para no terminar sino con la independencia. Sospecho que Lafaye ha utilizado fuentes muy parciales, en los dos sentidos de esta palabra.

Me parece que hace decir a las fuentes más de lo que en realidad dicen, y esto no sólo en los capítulos citados. Y saca conclusiones excesivas. Así cuando escribe que los criollos estaban "excluidos de los cargos públicos, tanto en la península como en las Indias" (p. 21); cuando insiste, como una obsesión, en el "odio" entre españoles y criollos; en la simplificación que hace de la obra misional y militar en la frontera, y en general de toda la obra misional (pp. 28-32); en las páginas que dedica a la primera evangelización, el volumen de heterodoxos, la inquisición, etc. (capítulo 3 del libro 1); respecto de la influencia de las doctrinas joaquinistas entre los primitivos franciscanos y de esa supuesta "utopía milenarista" cuyo campeón habría sido fray Jerónimo de Mendieta. Son algunas de las varias instancias en que yo me sentiría forzado a diferir o matizar.

Prescindo de algunos errores de hecho que no afectan al fondo de la obra, pero alguno de los cuales podría ser otro indicio del apriorismo del autor: fray Andrés de Olmos no fue uno de los "doce" (p. 188); fray Junípero Serra no fue jesuita, como parece dar a entender en la página 339; el caso del padre Frutos no fue un caso excepcional, pues la devoción de Nuestra Señora de Guadalupe fue general en los colegios franciscanos de misiones, gran parte de cuyos componentes eran españoles...

Por lo que se refiere a los orígenes del santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, el autor se informó desapasionada y cuidadosamente, como ya dije, y hace una buena exposición de los testimonios conocidos. Es interesante su teoría sobre el supuesto cambio de la imagen primitiva por la actual, pero quizá fuerza un poco, también en este caso, un testimonio de los que aduce. Sabemos, en efecto, que en 1556 existía en la ermita de Guadalupe una "pintura" de la virgen (sermón del padre Bustamante) mientras que en 1575 el virrey Enríquez habla de una "imagen" que "decían" era parecida a la de Guadalupe en Extremadura. Lafaye traduce "imagen" por "statuette" (estatuilla) pero en realidad "imagen" podría significar también "pintura", y en consecuencia el término es aplicable a la representación actual de la Guadalupana.

En resumen: se trata de una obra indudablemente germinal y

fecunda, que sembrará muchas inquietudes e incitará al estudio ulterior de los temas tratados. Obra pletórica de ideas, riquísima en ángulos de enfoque, sugestiva y llena de originalidad. Pero estas mismas características tienen que provocar la discusión y la crítica. La mía constituye la prueba del interés con que he leído y el reconocimiento de su mérito excepcional.

Lino GÓMEZ CANEDO  
*Academy of American Franciscan  
History*

Jonathan I. ISRAEL: *Race, class and politics in colonial Mexico — 1610-1670*, Oxford University Press, 1975, xiii + 305 pp., bibliografía, mapas e índices. «Oxford Historical Monographs.»

Varios autores han llamado la atención sobre la importancia del siglo xvii en la historia de Hispanoamérica, en general, y de México, en particular, quejándose del olvido al que se ha relegado esta etapa formativa del mundo hispanoamericano. Afortunadamente, esas quejas han sido respaldadas con excelentes trabajos, que hoy constituyen verdaderos modelos de investigación por la ingeniosidad de los métodos empleados, por lo completo y estimulante del relato y, sobre todo, por la muestra evidente de lo fascinante que resulta el siglo xvii en Nueva España, nada lento en su transcurso ni flaco en su realidad, como dijo algún historiador en los años cuarentas.

Podemos decir, tomando en cuenta una literatura histórica que no se ha interrumpido desde 1951, que “el siglo olvidado de México” —como lo bautizó Lesley Bird Simpson— va saliendo del olvido a fuerza de excelentes monografías, a las que debe sumarse el libro de Jonathan I. Israel, donde se intenta nada menos que analizar la vida política de Nueva España entre 1621 y 1670 a la luz de las presiones sociopolíticas discernibles en la sociedad mexicana de aquella época. Los sucesos políticos narrados se inician en 1621 con el nombramiento del marqués de Gelves como virrey de Nueva España y se suceden con intensidad propia hasta el fin del período virreinal del conde de Baños (1664). El considerar las fuerzas sociales y económicas que conforman el período ha alargado el marco